

Jorge Durand
El Colegio de Michoacán*

Movimientos de población
en el occidente de México

Thomas Calvo y Gustavo López
(coordinadores)

Zamora, El Colegio de Michoacán
y CEMCA, 1988.

Las investigaciones sobre los procesos migratorios en México se caracterizan por una marcada dicotomía. Por un lado, están las que analizan las corrientes migratorias hacia el interior del país y por otro, las que se dirigen al vecino país del norte, la migración internacional. En ocasiones la parcialidad del enfoque se justifica no sólo por razones metodológicas sino porque la realidad indica que se trata de procesos independientes o distintos, o que son mucho más relevantes unos que otros. Esta división ha redundado en un mayor conocimiento de ambos procesos, pero ha conducido a separar lo que en algunos casos es de hecho indisoluble.

Trabajos amplios y consistentes como los de Arizpe (1978), Cornelius (1980), Muñoz, Oliveira y Stern (1981) dejan de lado el desplazamiento de gentes hacia los Estados Unidos. De igual modo, trabajos clásicos como los de Gamio (1930, 1969), Taylor (1932) y más recientes como los de Wiest (1984), Fonseca y Moreno (1984), Díez Canedo (1984) marginan el proceso migratorio interno a comentarios laterales. La dicotomía ha preocupado a varios investigadores aunque sus esfuerzos por superarla no han fructificado demasiado. Cornelius, por ejemplo, después de trabajar con inmigrantes a la ciudad de México (1980) se ha dedicado al estudio de la migración de mexicanos a Estados Unidos (1981). Balán, Browning y Jelin (1973) si bien incorporaron la migración internacional en su estudio sobre Monterrey, no la articularon con los procesos migratorios internos. Bustamante, en el estudio del Ceniet, se preocupó por incluir la migración interna a las ciudades fronterizas, pero el grueso de su análisis se dirigió hacia la migración internacional. Kemper, a su vez, después de estudiar a los tzintzuntzeños que van a la ciudad de México intentó salvar el *impasse* teórico metodológico y publicó con Fernando Cámara (1979) una

* Este artículo fue publicado en *Revue européenne des migrations internationales*. vol. 2, No. 2, pp. 45-67.

colección de artículos donde se tocan ambas problemáticas por separado, en espera, quizá de que uno haga la síntesis. Dinerman (1982), por su parte, se abocó a comparar las dos modalidades migratorias en dos pueblos diferentes de la zona lacustre de Pátzcuaro. Finalmente, Mines (1980) al estudiar la migración de los pobladores de Las Animas, Zacatecas, hace hincapié en la importancia de las redes sociales y el papel que cumplen en este sistema de relaciones las ciudades fronterizas.

Otra dificultad de los estudios sobre el tema ha sido la inclinación a explicar el fenómeno a partir de uno de sus extremos: el lugar de origen o el de destino. En el caso de la migración a los Estados Unidos es notoria la prioridad que ha tenido el estudio del terruño: el medio rural. Orientación que suele tener una justificación o prejuicio de carácter teórico: en el campo mexicano es donde está el problema y son los llamados "factores de expulsión" los que determinan el proceso. Bustamante (1976), por el contrario, plantea la necesidad de tomar en cuenta los factores de atracción, es decir las características de la demanda que pueden condicionar la oferta de mano de obra.

En el caso de las migraciones internas, salvo honrosas excepciones (Arizpe 1978; Kemper 1975) las tintas se han cargado al lugar de destino. Ha sido motivo de interés y preocupación el análisis del mercado de trabajo urbano industrial, su evolución y su contraparte —el desempleo y subempleo así como la participación activa de los migrantes internos en la expansión y urbanización de las ciudades y en la conformación de un nuevo espacio político: el movimiento urbano popular.

En este trabajo se pretende llamar la atención sobre los vínculos existentes entre ambas modalidades migratorias y su integración en un complejo entramado de relaciones sociales y económicas que conforman lo que llamamos circuitos migratorios. El análisis se centra en el occidente de México, región de antigua y extensa tradición migratoria e incorpora a la reflexión tanto el medio rural como las ciudades y los lugares de destino en los Estados Unidos.

La tradición migratoria del occidente de México

Si en alguna región es justificable hablar de migración interna e internacional como un proceso interconectado es en el occidente de México,

región formada por los estados de Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Colima (Unikel 1979), aunque de acuerdo a criterios históricos otros autores incluyen a Nayarit y Aguascalientes (L. González 1982: 15).

Varios rasgos han caracterizado y distinguen a la región del occidente. En primer lugar resalta su concentración demográfica. Al comenzar el siglo, la región "poseía casi la cuarta parte (23.6%) de la población total del país" (Unikel 1979: 69) y mantuvo esta preeminencia hasta la década de los 60 en que fue desplazada por la del Distrito Federal y el Estado de México.

También ha sido importante su vocación agrícola y ganadera. La actividad agropecuaria descansa en un intrincado mosaico de climas, tipos y calidades de tierra donde se articulan tanto ranchos y pequeñas propiedades como tierras ejidales y comunales. Una buena parte del maíz que producía el país provenía de la región y en la actualidad la producción de granos para consumo animal ha dinamizado tanto la industria forrajera como la producción de diferentes tipos de carne y productos lácteos. No es menos importante la producción de frutas y legumbres, muchas de ellas orientadas a la exportación.

Otra de sus características ha sido la marcada tendencia de su gente a buscar trabajo en otros lares. La tradición migratoria del occidente se remonta al siglo pasado y ha tenido como sus grandes puntos de destino Guadalajara, la capital del país y los Estados Unidos. El crecimiento de Guadalajara cobró fuerza a partir de la década de los 30 hasta llegar a duplicar su población en la década de los 50 (Inegi 1985: 27). Una buena parte de su crecimiento fue natural y otra se debió a la inmigración. Los municipios del propio Jalisco proporcionaron los mayores índices de emigración, seguidos por los estados de Zacatecas, Michoacán y, en menor proporción, Nayarit, Colima y Guanajuato (Arroyo 1985: 46).

La ciudad de México también ha recibido amplios contingentes del occidente. La franja fronteriza de los estados de Michoacán y Guanajuato aportó un 13% y la zona aledaña a Guadalajara un 7.3% de los emigrantes a la capital (Stern 1981: 117). Se ha constatado así mismo la participación de la región en el crecimiento de las ciudades fronterizas (de la Rosa 1985; Mines 1981). Hay por tanto, una larga y sostenida tradición de migración interna en el occidente.

Por su parte, diversas estadísticas —sin ser estrictamente comparables— coinciden en afirmar que los estados con mayor proporción de migrantes a los Estados Unidos proceden del occidente y más en concreto de Guanajuato, Jalisco y Michoacán (cuadro 1). Desde

comienzos de siglo hasta la actualidad estas entidades se han distinguido por la tendencia de su población a ir a trabajar al "norte". Las gentes de la región constituyen más de una tercera parte (41.7% en promedio) del volumen total de migrantes a los Estados Unidos.

Los inicios

La construcción de una amplia red ferrocarrilera durante el Porfiriato fue, sin duda, una importante fuente de trabajo móvil y un factor dinamizador de las migraciones interna e internacional. El tren ofrecía condiciones óptimas de traslado: velocidad, seguridad, regularidad y bajos costos relativos. Según Coatsworth se redujeron los "costos psicológicos" de la migración al poder desplazarse sin perder contacto (1984: 65). Se inauguraba así un tipo de migración temporal, a larga distancia y que preveía el retorno.

A la facilidad de transporte se sumó otro apoyo fundamental: una gran parte de la red telegráfica fue construida por las compañías ferrocarrileras (*ibid.*: 66). Por este medio llegaban y se difundían noticias, mensajes y, sobre todo, era la forma en que los que se habían ido giraban parte de sus salarios a sus familias, aspecto crucial en el desarrollo de la migración al otro lado.

La demanda internacional de mano de obra

Los primeros migrantes a los Estados Unidos también se fueron en tren y como si el destino los amarrara, muchos de ellos encontraron trabajo en la construcción y mantenimiento de las vías férreas norteamericanas. Desde 1884 diversos trabajos y estadísticas informan de la importancia de la mano de obra mexicana en el sistema ferroviario del suroeste americano y de su rápida penetración hacia diferentes y alejados estados del norte (García 1981: 37; Driscoll 1985: 11). El nuevo medio de transporte coadyuvó a impulsar obras de irrigación y al desarrollo de nuevas zonas agrícolas y mineras, lo que redundó en la ampliación de la demanda de mano de obra migrante.

Sin embargo, no todo era tan sencillo para los candidatos a migrar. Un pasaje de ferrocarril desde el centro de México a la frontera costaba entre 10 y 15 dólares, lo que significaba dos o tres semanas de trabajo (García 1981: 36). Por otra parte, desde entonces los inmigrantes eran

engañados por contratistas y enganchadores y no siempre era posible el paso de la frontera. A pesar de estas limitantes el proceso migratorio no se detuvo. Para comienzos de siglo, el censo americano de 1900 reportó la presencia de 103 393 inmigrantes mexicanos ubicados, sobre todo, en el estado de Texas (68.7%) y en los estados de Arizona, California y Nuevo México 27.9% (Gamio 1930, tabla XXIV).

La gente del occidente participó de lleno en este proceso. Un reporte periodístico de fines del Porfiriato daba cuenta de la situación en el estado de Michoacán: "La diferencia de sueldos anima a los paisanos a emigrar. El distrito se está despoblando pues no solamente de Purépero, sino de Chavinda, Tangancícuaro y Chilchota se va mucha gente para América del Norte y para las vegas de Campeche y Veracruz y para varios ingenios de Tabasco y Chiapas. Esto sin contar los trabajadores que salen para los campos de Tuxpan y Colima" (*El Heraldo de Zamora*, 15/IX/1907). En otra nota de la época también se definía el componente occidental de migrantes a los Estados Unidos: en su mayoría "proceden de los estados de Jalisco, Michoacán, Aguascalientes, Guanajuato; pocos de Zacatecas y Coahuila y algunos solamente de Chihuahua" (*El Heraldo de Zamora*, 3/VI/1907).

Para 1910 el número de mexicanos en Estados Unidos se había duplicado. El censo americano reportaba la presencia de 221 915 inmigrantes mexicanos, de los cuales más de la mitad (56%) se encontraban en el estado de Texas y otra parte importante (15%) en el de California (Gamio 1930, tabla XXIV).

Poco después, la Primera guerra mundial acarreó fuertes desequilibrios en el mercado de trabajo norteamericano. La falta de brazos ponía en peligro la reactivación industrial, el aumento en la producción agrícola y minera y la eficiencia en el sistema de transportes.

Los empresarios de ese país veían en México su tabla de salvación. A principios de 1917 se modificó la ley migratoria que exigía a los migrantes, entre otras cosas, estar alfabetizados, para así dejar pasar a los braceros mexicanos (Morales 1982: 52). Este período que ha sido calificado como el primer Programa Bracero, se prolongó hasta el 10 de marzo de 1921 (Avidán 1985: 12) y permitió el ingreso legal, en esos cuatro años, de más de 250 000 trabajadores, fomentando a su vez, un ingreso semejante o mayor de indocumentados. Aunque el grueso de la población migrante trabajaba en la agricultura del suroeste, no dejaba de tener una presencia significativa en los ferrocarriles, la industria y la minería. El censo norteamericano de 1920 reflejó en cifras la necesidad de mano de obra de su economía: los

inmigrantes mexicanos se habían duplicado respecto a la década anterior, ahora había casi medio millón (486 418). La mitad seguían viviendo en Texas y otro contingente numeroso en California (18%).

Concluida la guerra, al empezar la década de los 20, el gobierno norteamericano trató de frenar la migración de mexicanos y cuestionó la cuota correspondiente, lo que provocó la reacción del gobierno mexicano. La inmigración legal continuó *in crescendo*, al mismo tiempo que la ilegal. En 1924 se creó la patrulla fronteriza, pero todo resultó inútil. Para fines de esa década (1930) el censo norteamericano reportaba una población total de mexicanos de 1 422 533, tres veces más que en la década anterior (Loyo 1969: 20). La crisis del 29 fue un pretexto ideal para poner en orden y regular el flujo migratorio. Entre 1929 y 1937 el número de deportados osciló entre 300 000 y 400 000 (Alba 1979: 56; Morales 1982: 55). Al parecer se tuvo especial interés en regresar a los trabajadores industriales ubicados en los estados de Michigan, Indiana e Illinois: salieron deportados 40 000 de los 50 000 mexicanos que trabajaban allí, es decir, más de las tres cuartas partes (Morales 1982). El área de Chicago y la región de Calumet tenían una alta proporción de mexicanos trabajando en el sistema ferroviario (43%) y en las fundiciones e industria empacadora de carnes (11% respectivamente). Según Taylor la contratación de mexicanos se había iniciado durante la guerra y la posguerra y se había acentuado a partir de 1923 (1932: 41, 51).

Al iniciarse el segundo conflicto bélico mundial los industriales y agricultores norteamericanos empezaron a resentir otra vez la escasez de mano de obra. El problema se hizo acuciante en los ferrocarriles: sin mano de obra barata y preparada se habían dejado de lado, por una larga década, la reportación y el mantenimiento de las vías férreas. Los continuos accidentes y descarrilamientos a la hora de transportar grandes volúmenes obligaron al Estado y a los empresarios a tomar conciencia de la situación. Los múltiples esfuerzos para conseguir obreros americanos dispuestos a trabajar mucho y ganar poco fueron vanos. En 1941 la empresa Southern Pacific sostenía que el método más factible, lógico y recomendable era el de contratar, como se había hecho anteriormente, a trabajadores mexicanos (Driscoll 1985: 15).

En la zona agrícola también se sentía la crisis por falta de brazos. El gobierno americano tuvo que pensar en serio en un programa agrícola de braceros y otro para el sector ferroviario. Se reiniciaron las pláticas: en 1942 se hizo un primer convenio para trabajadores agrícolas y en 1943 se corrigió. Con base en estos documentos se firmó

otro acuerdo para trabajadores "no agrícolas". Todo esto se manejó como una "contribución mexicana al esfuerzo bélico". El convenio para los obreros del riel duró hasta el fin de la guerra, agosto de 1942, pero el de los trabajadores agrícolas se prolongó hasta diciembre de 1964. Durante los 22 años que duró el Programa Bracero fueron contratados legalmente más de 4 millones y medio y los indocumentados deportados, en ese mismo lapso, llegaron a 5 millones (Morales 1982: 148). A lo largo de esos años hubo numerosos conflictos, quejas y demandas por ambas partes, en varias oportunidades se hicieron enmiendas y reformulaciones que favorecieron aún más a los contratistas americanos, hubo deportaciones masivas como la de 1953, "operación *wetback*" y periodos de apertura dependiendo de los intereses americanos.

El fin del Programa Bracero no redujo significativamente la inmigración, aunque haya dificultado y encarecido el paso. El sector agrícola norteamericano ha seguido demandando y contratando trabajadores mexicanos sobre todo para las labores de recolección de productos agrícolas. En el sector manufacturero los mexicanos han vuelto a penetrar de manera lenta pero consistente. Aunque se les encuentra en todas las ramas de la industria parece haber una cierta selectividad de acuerdo a su estatus migratorio. En las grandes compañías no suele haber indocumentados, que son acogidos más bien en las "empresas competitivas menores" donde pagan menos (Portes 1979: 1276).

Pero al parecer es el sector servicios el que ocupa cada vez más contingentes de mano de obra mexicana. Cientos de miles de ellos están dedicados a servir, atender, barrer, limpiar restaurantes, hoteles, oficinas, clubes. Oficios que por lo general se mantienen en los topes salariales mínimos y donde no suele haber competencia local. El trabajo como dependientes en establecimientos comerciales se les abre cada día más. El comercio del suroeste norteamericano se dirige en buena medida a la clientela latina, por lo cual resulta conveniente atenderlos en español.

Si bien en muchos casos el trabajo del otro lado supone aprender nuevas habilidades o romper viejas tradiciones, en otros, el mercado de trabajo norteamericano retoma, sin costo alguno, su aprendizaje nativo. Serían por ejemplo los jardineros o los vaqueros y amansadores los que ingresan rápidamente a los ranchos y granjas del otro lado.

Pero no todos los mexicanos ocupan plazas del mercado laboral estadounidense. Con los años se ha generado un mercado "interno" de mexicanos para mexicanos. Actualmente hay albañiles, plomeros,

mecánicos, electricistas, pintores, en talleres o como autoempleados, que atienden la demanda mexicana de estos servicios. Lo mismo sucede con el comercio: hay tienditas, supermercados, restaurantes, tortillerías, taquerías, menuderas, birrierías, etc. dirigidos al consumo de los mexicanos. Por supuesto, cualquier negocio de esta índole que se instala recluta a sus trabajadores de entre los mexicanos que están allá o los manda traer de México. En los últimos años, han surgido también talleres regentados por mexicanos que atienden la demanda específica de esa misma población. Es el caso, entre otros, de las herrerías que hacen cancelas y ventanería al gusto mexicano y talleres de ropa donde se confeccionan vestidos de carácter ceremonial para bautizos, primeras comuniones, fiestas de 15 años y matrimonios. De 20 estudios de caso a migrantes establecidos que realizamos en Los Angeles (1983), la cuarta parte (cinco negocios) trabajaban en establecimientos propios y contrataban personal, por lo general a parientes o paisanos; otros dos trabajaban por cuenta propia, uno como albañil y el otro como pintor. En todos estos casos, el público al cual prestaban servicios era preferentemente de compatriotas.

La antigüedad de la migración de gente del occidente hacia los Estados Unidos, la instalación definitiva de muchos de ellos allí, su presencia —y demanda— en muchos de los ámbitos de la economía estadounidense, sobre todo del suroeste y el surgimiento de un mercado de trabajo mexicano, han creado y mantenido redes que promueven el intercambio continuo de información, bienes y personas entre ambos países. Así no es extraño que un obrero de Guadalajara sepa, en cualquier momento, cómo andan las “chambas” en Los Angeles o lo manden llamar de urgencia sus parientes que viven en Chicago para algún trabajo. De hecho, el mercado laboral de la gente del occidente incluye lo mismo el pueblo que Guadalajara y la región norteamericana donde están asentados sus parientes o paisanos. La opción por irse al otro lado, en un momento u otro, va a depender de múltiples factores pero no del desconocimiento de oportunidades de allá o la imposibilidad de cruzar la frontera.

La oferta y sus bemoles

Históricamente la oferta de mano de obra ha estado relacionada con la situación imperante en el medio rural. La concentración de la

propiedad, los despojos y el mismo desarrollo del capitalismo en el campo operaron como catalizadores del proceso migratorio.

A fines del siglo XIX la situación del campesinado mexicano no podía ser peor. Una inmensa mayoría de campesinos sin tierra, otros muchos atados a las haciendas como peones acasillados, unos cuantos con tierras de temporal y la mayoría sufriendo pésimas condiciones de vida, trabajo y salarios. Del occidente salían trabajadores para Veracruz, Campeche, Tabasco, Oaxaca, Chiapas y Colima. El capitalismo agrario más desarrollado requería temporalmente de amplios contingentes de trabajadores agrícolas. Al parecer la necesidad de mano de obra y las condiciones de trabajo eran tales que existían reglamentaciones y contratos establecidos y definidos con las autoridades municipales y estatales, a las cuales tenían que sujetarse los contratistas y enganchadores.

En el distrito de Zamora, en 1905, la prefectura política expidió un reglamento “tendiente a evitar los abusos que cometían los contratistas de trabajadores para vías férreas o fincas de campo, dejando de cumplir los ofrecimientos que hacían y abandonando a los contratados en situaciones aflictivas en extraños lugares” (*El Heraldo de Zamora*, 19/II/1905). Al parecer, en algunos casos, se acató el reglamento. Así salieron, en septiembre de 1907, 74 jornaleros a una finca tabacalera de Tuxtepec, Oaxaca: “Cada jornalero va a ganar 50 centavos diarios, se le darán alimentos: desayuno, comida y cena, tendrán asistencia médica gratis en caso de necesidad y los gastos de transporte de ida y vuelta serán por cuenta de la finca” (*ibid.*, 29/IX/1907). Tras la caída de la dictadura y el inicio de la fase armada de la Revolución se acabaron los contratos para trabajar en el ferrocarril y se hizo más difícil el trabajo en las fincas. Sin embargo, ya se había iniciado 20 años atrás la costumbre de ir a trabajar al “norte”.

Para la migración a los Estados Unidos también había enganchadores y contratistas, pero lo que más llamaba la atención a la sociedad en general era la gran cantidad de dinero que enviaban los migrantes. La prensa de la época reportaba la llegada de miles de pesos por mes a las oficinas de correo: “Hace unos seis años que se ha incrementado el número de braceros mexicanos. Van a la vanguardia Purépero, Chilchota, Tangancicuaro. Solamente en la primera de dichas poblaciones se paga mensualmente por la administración de correos de 25 000 a 30 000 pesos” (*El Heraldo de Zamora*, 31/X/1909). La emigración a Estados Unidos se evaluaba positivamente: “Nosotros abogamos porque esto es bueno y debe ser imitado y cuando nos proponemos publicarlo

es porque creemos que interesa a nuestros gobiernos y a los agricultores e industriales que hasta hoy se han hecho el sordo y nada han querido hacer por aumentar sueldos y salarios" (*ibid.*, 14/XI/1909). Si bien las razones económicas siempre han tenido un gran peso, en los asuntos migratorios, a partir de la Revolución, influyó también la situación política.

De 1910 a 1920 la crisis política fue un motivo más para emigrar. Ciudades como México o Guadalajara recibieron amplios contingentes de población que huía del campo (Rivière d'Arc 1973: 90) y hacia los Estados Unidos fue a parar otro tanto.

Para Gamio hubo una relación directa entre las crisis político-militares de ese decenio y el incremento en el volumen de la migración internacional (1930: 14).

Durante la Guerra Cristera (1926-1929) que afectó de manera especial a los estados de Jalisco, Michoacán y Guanajuato, salieron aún más migrantes internos e internacionales de la región. La política federal de "concentración" en las ciudades medianas y grandes forzó la migración del campo a la ciudad. Y al igual que en el tiempo de la anterior Revolución, muchos optaron por irse al otro lado mientras durase el conflicto armado. De esto sacó ventaja un buen grupo de emigrados de los Altos de Jalisco que además de sobrevivir a la guerra, regresó con dólares y, ante la falta de liquidez de los terratenientes locales, compraron ranchos o parcelas (Martínez 1985: 125).

La aplicación de la reforma agraria y el desarrollo del movimiento agrarista durante el Cardenismo (1934-1940) afectaron también a los patrones migratorios. En el occidente, el conflicto entre agraristas y opositores fue largo y desgastante. En casos de lucha abierta y oposición a los planes de reparto los campesinos simplemente se quedaron sin tierra y no tuvieron mejor alternativa que migrar, como describe Reichert (1981) para un pueblo michoacano. En las amplias zonas donde cundió el reparto, al parecer disminuyó temporalmente la tendencia migratoria (Rivière d'Arc 1973: 90). En la zona de los Altos de Jalisco los hacendados prefirieron vender sus tierras antes que ser expropiados, de hecho existen muy pocos ejidos en la zona. Allí los migrantes provenientes del estrato jornalero o mediero siguieron saliendo aunque algunos utilizaron la migración como medida de presión para mejorar sus condiciones laborales o contractuales con los grandes y pequeños propietarios (De Leonardo 1978: 124).

Así, en el occidente la emigración ha sido una forma bastante adecuada para eludir o resolver conflictos de tipo político. Con la notable

estabilidad política posterior no se encuentran desplazamientos masivos motivados por razones políticas pero sí numerosos casos de migración por motivos políticos particulares o locales. En la década de los 30 se iniciaron además planes de colonización. En los estados de Guerrero y Oaxaca se trató de localizar a una parte de los deportados a raíz de la crisis mundial pero, al parecer con poco éxito (H. González 1985: 149). Por el contrario los programas de colonización en la frontera norte encontraron amplia acogida: hacia allí se dirigieron cientos de campesinos del occidente del país cuyo origen se puede detectar fácilmente por los nombres de los ejidos que hacen referencia a los estados o pueblos de donde salieron. Con los años estos lugares se convirtieron en cabezas de puente tanto para la migración hacia las ciudades fronterizas como para pasar al otro lado (Rionda 1986).

Las décadas de los 40 y 50 fueron años de crecimiento industrial y demográfico, tecnificación agrícola y maduración del proceso de urbanización. La Segunda guerra fue sin duda la ocasión para el despegue industrializador. La planta instalada que producía por debajo de su capacidad empezó a hacerlo a ritmos crecientes y los nuevos inversionistas aprovecharon el impulso y apoyo estatales a la industrialización (Hansen 1980: 78; Martínez del Campo 1985: 74). En la década de los 50 la concentración industrial se manifestó con nitidez en el Distrito Federal, Guadalajara y Monterrey aunque su surgimiento como metrópolis venía desde antes (Alba 1979: 91).

En el medio rural del occidente también se experimentaron cambios importantes. En las zonas de riego predominaron los intereses privados y los cultivos comerciales; en ciertos enclaves la producción ha estado determinada por los productos y precios de exportación; en las zonas temporeras se ha mantenido la producción tradicional pero se nota una reducción del área cultivada debido al abandono de las tierras marginales. En zonas ganaderas se desarrollaron cuencas lecheras y posteriormente en algunos lugares se incrementó la elaboración de carnes y productos lácteos por pequeños productores. En términos generales el jornalero agrícola "vio reducirse casi a la mitad los días de trabajo por año", de 194 a 100 días como promedio (Centro de investigaciones agrarias, citado en Bustamante 1976: 31).

En los últimos 20 años el medio rural del occidente reflejó la crisis del sector agrícola nacional. Las causas se atribuyen tanto al atraso del sector tradicional como al estancamiento del sector moderno; otros le achacan defectos a la estructura de la tenencia de la tierra y no falta quien le eche la culpa a los campesinos o al Estado (Esteve 1980).

Para la década de los 70 Mummert (1985) constata una baja sensible de la participación de la mano de obra masculina en el campo y también la creciente incorporación de mujeres en las labores agrícolas, situación que se explica, en parte, por la tendencia a que la mujer reemplaza en el trabajo del campo a los varones que migran. Pero también se percibe un importante incremento en actividades productivas de pequeña escala, que son, a su vez, un reflejo del peculiar proceso de industrialización que se vive en las principales ciudades del occidente. Los cambios experimentados en el medio rural y la actual situación de crisis en el campo han continuado alimentando los flujos hacia los Estados Unidos, ciudades medias y metrópolis como Guadalajara (Arroyo 1985; Winnie 1984).

Desde la perspectiva de las comunidades el trabajo de Massey, Alarcón, Durand y González (1985) precisa hasta qué punto el fenómeno migratorio ha permeado el medio rural y se manifiesta de manera cada vez más significativa, en el medio urbano industrial. El estudio comprende cuatro comunidades, dos rurales: Altamira y Chamitlán, y las otras dos urbano-industriales: Santiago, un pueblo obrero cercano a Guadalajara, y San Marcos un barrio enclavado en uno de los sectores populares de la misma ciudad.

En las tres comunidades, a las que hace referencia el cuadro 2 la migración interna e internacional ha constituido un elemento determinante. Más de la mitad de las familias entrevistadas tenían uno o varios miembros de la familia con experiencia migratoria. No obstante, cada comunidad tiene un patrón migratorio diferente, en Altamira la migración interna es tan significativa como la internacional mientras que en Chamitlán predominan los viajeros al "norte". En Santiago, por el contrario, lo más significativo es el trabajo en la localidad, dado su contexto industrial, pero no por ello deja de salir la gente, tanto a Guadalajara como fuera del país.

En la gran ciudad, tampoco dejan de haber migrantes, fenómeno que podemos constatar desde diversos ángulos. La encuesta realizada en el barrio de San Marcos señala que una cuarta parte (24%) de las familias tenían algún miembro que trabajaba o había trabajado en los Estados Unidos. Otros estudios, como el de González Seguí (1984) revelan la presencia de muchos trabajadores con experiencia migratoria internacional en la rama de la metal mecánica, mientras que una encuesta realizada a industriales informa que el 15.6% de los propietarios de pequeñas empresas urbanas, tenían experiencia migratoria internacional (Depróde 1984).

Esta constatación general de la existencia del fenómeno se ratifica y se observa en toda su complejidad y dinamismo a través de estudios de caso. Numerosas familias de los barrios populares de Guadalajara son al mismo tiempo inmigrantes a la ciudad y partícipes del mercado de trabajo urbano local, mantienen estrechos vínculos con sus comunidades rurales de origen y aportan trabajadores a los Estados Unidos. La persistencia de la migración a ese país se explica, en parte, por lo mencionado anteriormente: demanda continua de mano de obra mexicana, cada vez con mayores requisitos de calificación, la existencia de vínculos eficientes para transmitir esa demanda, que por la propia migración interna alcanza también a los que viven ahora en Guadalajara. Pero tiene que ver también con la estructura de oportunidades urbanas, los procesos de cambio que vive el medio rural y el carácter de la migración internacional.

La ciudad entrelazada en los circuitos migratorios

Dos caracteres definen la estructura industrial de Guadalajara: su especial vocación para la producción de bienes de consumo básico para el mercado interno y una notable heterogeneidad industrial con una participación muy significativa de unidades productivas de pequeña escala —talleres— y trabajo a domicilio. Otra tendencia más reciente, se refiere al traslado, fomento o instalación de una serie de actividades productivas en el medio rural (Arias 1985).

La producción de zapatos, prendas de vestir, alimentos, joyas, muebles y otras manufacturas constituye uno de los renglones más fuertes de la producción de Jalisco y en su inmensa mayoría se fabrican en miles de pequeños talleres. En Guadalajara, conviven y se complementan la fábrica de calzado más grande de América Latina con los más humildes talleres zapateros; la más moderna tecnología para la elaboración de productos plásticos y el trabajo domiciliario para el acabado o el empaque. Grande, pequeña y mediana industria se articulan de múltiples formas desde la elaboración de partes o acabados del proceso productivo hasta la transferencia de personal de una a otras (Arias y Durand 1985). Para iniciar un taller se necesita conocer el oficio, disponer de mano de obra, tener algo de capital y adaptar un local que puede ser la misma casa habitación. Lo demás se obvia por las características propias de los talleres que suelen ser clandestinos y

evaden los requerimientos fiscales, las normas de salubridad, la obligatoriedad del seguro social y la afiliación sindical. La estructura económica de la pequeña industria se rige por la lógica de incorporar mucho trabajo y poco capital. Ambos recursos: mano de obra y financiamiento tienen que ver con la migración.

Una forma de obtener mano de obra barata y dispuesta al trabajo es conseguirla en la familia o en la parentela del medio rural. Para lo cual sirven los contactos con el lugar de origen y las redes de relaciones ya establecidas entre el campo y la ciudad. Lo que aparece como un favor a parientes responde de hecho a la estructura económica de los talleres que requieren de mano de obra abundante, que no se identifica mecánicamente con barata. En ocasiones trabajar en un taller puede ser más redituable y compensatorio que tener una "planta" en una fábrica.

Por su parte, la forma probada más rápida y eficiente para conseguir dinero ha sido tradicionalmente la migración a los Estados Unidos. Muchos migrantes se han ido con el objetivo específico de ahorrar dinero para instalar un taller o poner un negocio independiente. No es raro el caso de familias donde uno de los miembros se va al "norte" para juntar dinero, mientras los hermanos o los hijos trabajan o aprenden el oficio, en espera de instalar un negocio o montar un taller cuando el ausente regrese. También son conocidos los casos en que los migrantes se encargan de financiar a sus parientes la compra de alguna máquina —de coser, tejer, respuntar, etc.— que posibilita que alguno o varios miembros de la familia, reciban trabajo a domicilio. En la práctica se podría decir que están generando oportunidades de trabajo en la ciudad.

Otro objetivo prioritario de la migración es afrontar el problema de la vivienda, lo que entra en el ámbito de las necesidades cruciales para la sobrevivencia urbana. En ocasiones se necesita de varios viajes o la participación de dos o más miembros de la familia para poder comprar un lote y luego construir. La etapa de la edificación suele hacerse con tiempo y esfuerzo de todos, pero muchos prevén destinar algún cuarto para trabajo o dejar un espacio, en el frente, para dedicarlo a tienda u otro tipo de negocio.

Una vez resuelto el problema de la casa propia ésta se inscribe dentro de un proyecto mucho más amplio. Se convierte en un apoyo fundamental para la migración, al permitir la llegada de parientes que vengan del medio rural, al otorgar seguridad y medios para corresponder a la hora del retorno a los que están fuera y al permitir nuevos viajes sabiendo que la familia queda en lugar seguro. Por otra parte, la

casa facilita el desempeño de múltiples actividades comerciales y productivas que van desde el trabajo a domicilio hasta la instalación de una tienda, taller o negocio.

Aunque es propio del medio urbano popular incursionar en diferentes actividades comerciales (Alonso *et al.* 1980), en Guadalajara la dinámica de la pequeña empresa ha permitido a los sectores populares desarrollar un complejo sistema de comercialización alternativo a los canales controlados por almacenistas y comerciantes. En ocasiones el productor se compromete a entregar toda la producción a un acaparador local o al que le facilitó financiamiento, pero tiende a utilizar diferentes mecanismos de distribución. Un primer destinatario es la misma familia que aprovecha sus relaciones en el barrio y con el medio rural para colocar sus productos. Sea que venda pequeños lotes, dé en concesión o comercialice directamente.

No obstante la importancia creciente de Guadalajara en el complejo circuito de la migración internacional cabe destacar que la ciudad no parece ser el eje principal de esta dinámica. Los procesos migratorios se sustentan principalmente en las relaciones que están ya formadas y definidas en el medio rural del occidente. Las carreras migratorias que se inician en la ciudad, en muchos casos, se insertan y dependen de circuitos pueblerinos. De este modo se realiza una especie de triangulación entre el pueblo, la ciudad y los lugares de destino en los Estados Unidos. El medio rural ha sido la cantera fundamental que alimenta la migración. Muchos se han ido a vivir a las ciudades pero también muchos más han preferido utilizar y maximizar las posibilidades que les ofrece su terruño.

Una forma excelente de lograrlo ha sido adaptar y utilizar la migración de acuerdo a sus necesidades y recursos. Históricamente se han empleado de manera selectiva o combinada ambas modalidades migratorias: la que se dirige al interior y la que se orienta al país vecino.

La migración interna no supone mayores gastos ni implica demasiados riesgos. Por lo general los migrantes se apoyan en sus redes tanto para conseguir alojamiento como para encontrar empleo. Los objetivos suelen ser modestos, acordes con los salarios nacionales y con los costos que supuso este tipo de migración; ésta permite, entonces, la sobrevivencia del migrante y su familia y el logro de objetivos limitados. Las ventajas de esta modalidad migratoria empiezan a sentirse cuando los hijos e hijas se incorporan al proceso y su aportación significa un salario más en el ingreso familiar.

La migración internacional se inscribe en la lógica de la acumulación rápida. Los altos gastos y los riesgos pueden ser proporcionales a las ganancias pero no a las expectativas. El que se va carga con la esperanza, el mito y la presión por hacer dinero. El éxito de muchos ha legitimado históricamente la opción y ha minimizado los numerosos fracasos y problemas que acarrea. Al "norte" se van los jóvenes dispuestos a correr riesgos y aventuras y los que tienen necesidad: padres de familia con esposa e hijos que mantener. Cuando los hijos crecen y se incorporan al trabajo disminuye notoriamente la salida de los jefes de familia y empieza el turno de los hijos. Otros han hecho de la migración su trabajo y migran en forma recurrente. Por lo general se prefiere salir por un tiempo que puede prolongarse algunos meses o años. Otros prefieren hacer varios viajes cortos de acuerdo a sus necesidades. Pero a casi todos acompaña la idea de volver. De ahí que siempre se tenga presente el propósito de cumplir cierta meta o lograr determinado objetivo. Una vez resuelto el problema de la supervivencia las expectativas más usuales giran en torno al problema de la vivienda y al de procurarse un medio de trabajo.

Las inversiones de los migrantes han dinamizado notablemente la industria local de la construcción y el grado de urbanización de los pueblos del occidente. Consecuentemente se han elevado los precios de los terrenos urbanizables y de las casas. Otro tanto ha sucedido con las tierras de labor. El incremento en el nivel de vida de los migrantes y sus familias se ha reflejado también en los niveles de consumo. Autores como Wiest (1983), califican de "consumo conspicuo" muchos gastos de los que regresan del "norte" y se quejan de que muchos de ellos prefieren consumir en tiendas ubicadas fuera de la localidad. Sin embargo, se puede decir que las inversiones de los migrantes siguen un curso normal, van a lo seguro: tierras, casas y bienes de consumo duradero. Las inversiones productivas siguen un curso menos evidente y tienen necesariamente que ver con las posibilidades y los recursos propios y del medio. En zonas de riego y cultivos comerciales se ha notado una inversión frecuente en insumos y maquinaria agrícola. No son menos los proyectos de carácter agropecuario que tienen que ver con la crianza o engorda de animales y la elaboración y comercialización de productos pecuarios. En las áreas donde se puede controlar la situación directamente y se estima una buena probabilidad de éxito el migrante invierte sin dilación.

Un nuevo campo para la inversión se ha abierto con el desarrollo y difusión de pequeñas empresas en el medio rural, unas ligadas a la

agricultura y otras de carácter artesanal o industrial. Los migrantes que entran a este tipo de negocios lo hacen con dos puntos a favor: suelen disponer de espacio —casa— y de capital inicial. Falta conocer el oficio y relacionarse, lo que se consigue siguiendo el ejemplo y disponiendo de tiempo y esfuerzo, pero éstos no faltan.

Consecuentemente se ha abierto también un espacio en la distribución y comercialización de lo que se fabrica y produce en el medio rural. Si antes llegaban productos por medio de parientes y paisanos ahora también se llevan mercancías del campo a la ciudad utilizando los mismos conductos.

En otros casos, por el contrario, los esfuerzos se dirigen a conseguir los medios que les permitan abandonar el terruño. La inversión, por tanto, se dirige hacia afuera, a comprar casas o terrenos en pueblos o ciudades vecinas o a procurar la forma de instalarse y trabajar de manera definitiva en alguna ciudad.

Pero para poder lograr cualesquiera de esos objetivos no sólo se requiere ir al "norte" a trabajar. La experiencia migratoria acumulada enseña que es necesario imponerse un cierto estilo de vida y cumplir ciertas normas y expectativas. Los que se van tienen bastante claro el panorama. Para ellos se trata de ganar en dólares y gastar en pesos. Y para poder ahorrar, que es lo que permite cumplir con los objetivos propuestos, es preciso trabajar mucho y consumir lo menos posible. Esta precariedad de la vida allá favorece, sin duda, los planes de retorno.

Redes sociales y migración

Pero además los migrantes deben seguir cierto código de conducta si quieren asegurar el éxito de la travesía, la estancia y el retorno. Después de tantos años de experiencia, la migración ha dejado de ser una aventura aislada o individual para transformarse en un fenómeno implícitamente normado que conlleva derechos y obligaciones, expectativas y sanciones.

El migrante en todo momento se apoya y depende de una amplia red de relaciones familiares y comunales. Para la salida requiere del apoyo de su familia inmediata, durante el viaje y en el lugar de destino consigue hospedaje, alimentos, dinero para gastos menores, asesoría para continuar el viaje o conseguir trabajo. Entre tanto la familia se

encarga también de velar por el cuidado y manejo de las pertenencias y compromisos del que se ha ido. Todo este apoyo del que disfruta no es totalmente gratuito, aunque así parezca exteriormente: es una ayuda a la que hay que corresponder, y es un compromiso que supone reciprocidad. Porque todo este complejo, silencioso y eficiente sistema de apoyo funcionará siempre y cuando el migrante empiece a cumplir con sus obligaciones apenas consiga trabajo. Si es soltero, debe mandar dinero a su familia; si es casado debe enviar lo suficiente para el mantenimiento de sus hijos y esposa; si tenía algunos objetivos precisos, debe empezar a materializarlos y se entiende así mismo que está obligado a colaborar económicamente con los que comparte vivienda y alimentación en los Estados Unidos. Sobre la marcha un buen migrante debe además mostrarse dispuesto a aceptar las presiones adicionales de su familia: préstamos, ayudas para estudio o pago de medicinas u operaciones. Mediante la aceptación de estas demandas el migrante consigue que toda su familia busque lo mejor para él en cuanto a sus ahorros e inversiones, que esté dispuesta a trabajar en lo que le solicite a cada uno de sus miembros, que lo acojan sin presiones y con un sinnúmero de atenciones en sus visitas temporales o en su retorno definitivo.

¿Pero qué sucede si no cumple con los compromisos o con lo que su familia esperaba de él y se hace un "desobligado"? En este caso se pondrán en acción una serie de sanciones en todos los puntos de la red. Los familiares o paisanos de Estados Unidos, solidarios con los de México, empezarán a regatearle los favores que le garantizaban una existencia barata, y por lo tanto, la capacidad de ahorro. Su familia en México comenzará a despreocuparse de sus intereses y a sentirse liberada de compromisos con él a la hora de su retorno. Los migrantes que conocen muy bien estas reglas del juego prefieren aceptarlas con sus obligaciones y beneficios. Negarse a cumplirlas significa independizarse de la red y hacer peligrar su supervivencia en el extranjero y sus posibilidades de retorno.

Este complejo mundo de relaciones, cultura, ambiente y expectativas ligadas al proceso migratorio es una especie de *modus vivendi* que se ha infiltrado muy profundamente en todos los ámbitos de la vida social y económica del occidente, en especial en los sectores populares. La migración ha tomado su lugar en el amplio espectro de actividades que se desarrollan para poder sobrevivir. Se ha aprendido a utilizarla y dosificarla según las necesidades internas. Al formar parte de las estrategias de supervivencia, la migración ha quedado articulada en un único mercado laboral, de tal modo que los sectores populares del

occidente pueden recurrir a ella de manera selectiva o combinada, pueden migrar hacia el interior o irse más allá de la frontera, hacerlo en etapas diferentes de la vida o simultáneamente, aprovechando familiarmente las oportunidades que ofrece el mercado de trabajo local, regional e internacional. Después de 100 años de atender la demanda de trabajo nacional e internacional la sociedad occidental mexicana no ha quedado vacía ni desarticulada. A su notable capacidad de respuesta ante las exigencias externas ha correspondido, también, un esfuerzo inmenso por desarrollar lo propio.

Circuitos migratorios

Esta presencia centenaria y masiva del fenómeno migratorio en el occidente nos permite afirmar que la experiencia ha permeado la sociedad en su conjunto. Sus efectos se proyectan hacia todos los ámbitos de la sociedad. Más allá de lo propiamente económico y demográfico la migración ha dejado su huella en el ámbito político social y cultural. Tiene que ver con los sistemas de valores, el ciclo de vida familiar, los ritmos de celebraciones cívicas y religiosas, las costumbres, las ideas políticas, las aspiraciones. De ahí que no se pueda limitar el análisis exclusivamente al movimiento de personas. La migración incluye la movilización de información, bienes, capitales, servicios, etcétera. Este tráfico continuo se asemeja a un circuito integrado de corriente alterna, por el cual los flujos se mueven en múltiples direcciones y con diferentes intensidades.

No pocos investigadores han centrado sus investigaciones en un tipo particular de flujo, en lo que podría llamarse una central del circuito migratorio o en las conexiones entre diferentes puntos del circuito. El estudio pionero de Manuel Gamio siguió la pista de los giros telegráficos y pudo inferir los principales lugares de origen y de destino de los migrantes. Investigadores americanos se han preocupado por entrevistar a informantes cautivos en los separos de las oficinas de inmigración americana, lugar por el cual suele detenerse un número importante de migrantes internacionales. También se han establecido los vínculos de comunicación entre los lugares de origen de los migrantes y las comunidades en la diáspora.

Es necesario, sin embargo, afrontar la totalidad. Establecer los vínculos entre migración interna e internacional, conectar el lugar de origen con las escalas intermedias, el punto de destino y la opción

del retorno. Es también prioritario vincular y situar el mercado de trabajo local —rural— con el que ofrecen las ciudades medianas y las metrópolis, con la oferta laboral americana —agrícola, industrial y de servicios— y la oferta generada por los propios mexicanos en el exterior. Habría también que destacar las alternativas de empleo generadas en el país con dinero de migrantes y las nuevas tendencias de los ciudadanos, muchos de ellos migrantes internos, a invertir en el medio rural.

Finalmente, hablar de circuitos nos obliga a tomar en cuenta tendencias migratorias minoritarias que escapan a la regla, pero que no por ello dejan de ser importantes: movimientos internos provocados directamente por la migración internacional; flujos de población mexicana de las áreas agrícolas estadounidenses a las ciudades; retorno de migrantes internacionales que se establecen fuera de su terruño, inmigración de hijos de mexicanos —americanos— hacia el país, combinación de diversas modalidades migratorias en un mismo núcleo familiar.

BIBLIOGRAFIA

- ALBA, Francisco
1979 *La población de México: evolución y dilemas*. El Colegio de México, México.
- ALONSO, Jorge *et al.*
1980 *Lucha urbana y acumulación de capital*. Ediciones de la Casa Chata, México.
- ARIAS, Patricia
1985 La industria en perspectiva. En *Guadalajara, la gran ciudad de la pequeña industria*. El Colegio de Michoacán, México.
- ARIAS, Patricia y Jorge DURAND
1985 El impacto regional de la crisis. *Relaciones* 22. El Colegio de Michoacán, Zamora.
- ARROYO, Jesús
1985 Ires y venires en el occidente. En *Guadalajara la gran ciudad de la pequeña industria*, (Arias Patricia ed.). El Colegio de Michoacán, Zamora.
- ARIZPE, Lourdes
1978 *Migración, etnicismo y cambio económico*. El Colegio de México, México.
- AVIDAN, Lina
1985 Los Programas Braceros: ¿Fuentes para la industrialización o subsidio a la economía norteamericana? *Estudios sociales* 1 (3): 127-132. Guadalajara.
- BALAN, BROWNING, JELIN *et al.*
1973 *Migración estructura ocupacional y movilidad social*. UNAM, México.
- BUSTAMANTE, Jorge
1975 Espaldas mojadas, materia prima para la expansión del capital norteamericano. *Cuadernos del CES* 9. El Colegio de México, México.
- COATSWORTH, John
1976 *El impacto de los ferrocarriles en el Porfiriato*. SepSetentas, México.
- CORNELIUS, Wayne
1980 *Los inmigrantes pobres en la ciudad de México y la política*. Fondo de Cultura Económica, México.

- 1981 The Future of Mexican Inmigrants in California: a New Perspective for Public Policy. *Working papers in US-México Studies* 6. University of California, La Jolla.
- DINERMAN, Ina
1982 Migrants and Stay-at-Homes: a Comparative Study of Rural Migration from Michoacan, Mexico. *Monograph Series* 5. La Jolla.
- De la ROSA, Martín
1985 Marginalidad en Tijuana. *Cuadernos del Cefnomex*. Tijuana.
- De LEONARDO, Patricia
1978 El impacto del mercado en diferentes unidades de producción. Municipio de Jalostotitlán, Jalisco. En *Economía y sociedad en los Altos de Jalisco*, (Jaime Espín y Patricia de Leonardo, eds.). Nueva Imagen, México.
- DEPRODE, L.
1982 *La situación industrial en Jalisco* I. Uned, Guadalajara.
- DRISCOLL, Barbara
1985 El Programa de Braceros ferroviarios. *Cuadernos del Cefnomex*. Tijuana.
- DIEZ CANEDO, Juan
1984 *La migración indocumentada de México a los Estados Unidos*. Fondo de Cultura Económica, México.
- ESTEVA, Gustavo
1980 *La batalla en el México rural*. Siglo XXI, México.
- FONSECA, Omar y Lilia MORENO
1984 *Trabajando en tierras ajenas... que eran nuestras, Jaripo, pueblo de migrantes*. Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, Jiquilpan.
- GAMIO, Manuel
1930 *Número, procedencia y distribución geográfica de los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos*. Talleres gráficos y *Diario Oficial*, México.
1969 *El emigrante mexicano*. UNAM, México.
- GARCIA, Mario
1981 *Desert Inmigrants*. Yale University Press, New Haven y Londres.
- GONZALEZ, Luis
1982 *La querencia*. SEP, Morelia.
- GONZALEZ SEGUI, Oscar
1984 Trabajar en Guadalajara. Tesis de maestría presentada en El Colegio de Michoacán, Zamora.
- GONZALEZ, Humberto
1985 Las migraciones a los Estados Unidos en el occidente de México. En *Desarrollo rural en Jalisco*, (Alcántara y Sánchez comps.). El Colegio de Jalisco, Guadalajara.

- HANSEN, Roger
1980 *La política del desarrollo mexicano*. Siglo XXI, México.
- INEGI
1985 *Estadísticas históricas de México*. Instituto nacional de geografía y estadística, México.
- KEMPER, Robert
1975 La urbanización contemporánea en México, perspectiva desde Tzintzuntzan. En *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia*, (Hardoy y Schaedel comps.). SIAP, Argentina.
- KEMPER, Robert y Fernando CAMARA
1979 *Migration across Frontiers: Mexico and the United States*. State University of New York, Albany.
- LOYO, Gilberto
1969 Prólogo a Manuel Gamio, *El migrante mexicano, la historia de su vida*. UNAM, México.
- MASSEY, ALARCON, DURAND y GONZALEZ
1985 Return to Aztlan. (Versión mecanografiada).
- MARTINEZ, Tomás
1985 Los impactos políticos y económicos de los emigrados en Jalisco: el caso de Arandas. En *Desarrollo rural en Jalisco*, (Alcántara y Sánchez comps.). El Colegio de Jalisco, Guadalajara.
- MARTINEZ del CAMPO, Manuel
1985 *Industrialización en México*. El Colegio de México, México.
- MINES, Richard
1981 Developing a Community Tradition of Migration to the United States: a Diel Study in Rural Zacatecas, Mexico, and California Settlement Areas. *Monographs in US-Mexican Studies* 3. University of California, San Diego.
- MORALES, Patricia
1982 *Indocumentados mexicanos*. Grijalbo, México.
- MUÑOZ, OLIVEIRA y STERN
1981 *Migración y desigualdad social en la ciudad de México*. El Colegio de México IIS, UNAM.
- MUMMERT, Gail
1985 Cambios en la población económicamente activa de la región centro-occidente (1970-1980). Centro de Estudios Demográficos de El Colegio de México, México. (Versión mecanografiada).
- PORTES, Alejandro
1979 La inmigración y el sistema internacional. Algunas características de los mexicanos recientemente emigrados a los Estados Unidos. *Revista mexicana de sociología* XLI (4), octubre-diciembre. IIS, UNAM, México.

- REICHERT, Joshua
 1981 The Migrant Syndrome: Seasonal US Wage Labor Rural Development in Central Mexico. *Human Organization* 40: 56-66.
- RIONDA, Luis Miguel
 1986 Migración y agricultura campesina: el impacto de un cultivo comercial en un pueblo de migrantes. *Relaciones* 26. El Colegio de Michoacán, Zamora.
- RIVIERE D'ARC, Hélène
 1973 *Guadalajara y su región*. SepSetentas, México.
- STERN, Claudio
 1981 Características de los flujos migratorios y su impacto sobre la población del área metropolitana. En *Migración y desigualdad en la ciudad de México*, (Muñoz, Oliveira y Stern). El Colegio de México, IIS, UNAM, México.
- TAYLOR, S. Paul
 1932 *Mexican Labor in the United States. Chicago and the Calumbet Region*. University of California Press, Berkeley.
- UNIKEL, Luis
 1978 *El desarrollo urbano de México*. El Colegio de México, México.
- WIEST, Raymond
 1983 La dependencia externa y la perpetuación de la migración temporal a los Estados Unidos. *Relaciones* 15: 53-87. El Colegio de Michoacán, Zamora.
- WINNIE Jr. William
 1984 *La movilidad demográfica*. Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

CUADRO 1
 LUGAR DE ORIGEN DE MIGRANTES A ESTADOS UNIDOS
 SEGUN DIVERSAS ESTADISTICAS (PORCENTAJES)

Entidad	Gamio		Taylor	Programa Bracero	Campbell	Zamora	Comisión	North y Houston	Ceniet
	1920	1928	1930	1951-1962	1960	1970	1973	1975	1978
Michoacán	19.7	16.3	18.5	10.6	10.5	8.3	8.7	10.2	8.4
Jalisco	17.4	19.4	20.7	11.2	10.6	7.5	9.8	11.6	13.9
Guanajuato	27.2	24.2	17.4	13.7	12.9	8.3	12.4	8.1	17.9
Subtotal									
Occidente	64.3	59.9	56.6	35.5	34	24.1	30.9	29.9	40.2

Fuentes: Gamio: *Inmigrantes mexicanos en los EEUU* (1930). Elaboración en base a las tablas XIII y XIV.
 Taylor: *Mexican Labor in the United States* (1932: 49).
 Programa Bracero: Vargas y Campos, *El Programa Bracero*: 32-34, citado en Morales (1981: 191).
 Campbell: *Bracero Migration and the Mexican Economy*, citado en Díez Canedo (1984: 67).
 Zamora: *Los mojadros*: 92, citado en Díez Canedo (1984: 67).
 Comisión intersecretarial: encuesta, citado en Díez Canedo (1984: 67) y Morales (1984: 186).
 North y Houston: *Illegal Alien Study*, 1975, citado en Díez Canedo (1984: 67).
 Ceniet: encuesta nacional de emigración a la frontera norte del país y a los Estados Unidos, citado en Morales (1982: 189).

CUADRO 2
 MIGRACION INTERNA E INTERNACIONAL
 EN TRES PUÉBLOS DEL OCCIDENTE (PORCENTAJES)

	Altamira	Chamitlán	Santiago
Migración a Estados Unidos	28	56.5	15
Migración interna	30.5	12.5	33
Ambas	16	11.5	12
No migran	25.5	19.5	40
Total	100	100	100

Fuente: Massey, Alarcón, Durand, González, 1985, cuadro 2.10.